

llevarse, la joven se inclinó hacia él, y le dió la cita que le había negado una hora antes.

—Venga esta noche; le esperaré.

Y cuando subía al fin, encontró á Rosalía, trastornadísima, que bajaba la escalera corriendo. En cuanto vió á su ama, gritó la criada:

—¡Señora, señora! ¡Corra usted!... La señorita no está buena... Vomita sangre.

III

Al levantarse de la mesa, el doctor habló á su esposa de una dama que estaba de parto, y junto á la cual se vería sin duda obligado á pasar la noche. Partió á las nueve, bajó por la orilla del agua, se paseó á lo largo de los desiertos muelles, en la negra noche; soplabá un vientecillo húmedo, y el crecido Sena deslizaba sus olas de tinta. Cuando dieron las once, volvió á subir Enrique las cuestas del Trocadero, y fué á vagar alrededor de la casa cuya gran masa cuadrada parecía una espesura de las tinieblas. Pero los cristales del comedor relucían aún. Dió la vuelta, y vió que la ventana de la cocina arrojaba también viva claridad. Entonces esperó, asombrado, inquieto poco á poco. Pasaban sombras por detrás de las cortinas, y una especie de agitación parecía llenar todo el piso. ¿Quizá monsieur Rambaud se habría quedado á comer? Sin embargo, nunca el digno caballero permanecía allí hasta más tarde de las diez. Y Enrique no se atrevía á subir, porque, ¿qué diría si fuese Rosalía la que le abriera? Por fin, á eso de las doce, loco de impa-

ciencia y olvidando toda clase de precauciones, llamó y pasó sin responder por delante de la habitación de la portera. En lo alto fué Rosalía la que le recibió.

—¡Ah! ¿Es usted, señor? Entre usted. Voy á decir que está usted aquí. La señora debe de esperarle.

No daba muestras de la menor sorpresa por verle á semejante hora. Mientras que Enrique entraba en el comedor, sin hallar la menor palabra que pronunciar, continuó Rosalía trastornada:

—¡Oh! ¡La señorita está muy mala, malísima, señor! ¡Qué noche! No me llega la camisa al cuerpo.

Le dejó solo. El doctor, maquinalmente, se había sentado. Olvidaba que era médico. A lo largo del muelle, había soñado en aquella habitación en que le iba á introducir Elena, poniéndose un dedo sobre los labios para no despertar á Juana, acostada en el gabinete contiguo; la mariposa estaría ardiendo, la habitación se hallaría anegada en sombras y sus besos no harían ruido. Y estaba allí, como de visita, con el sombrero en la mano, y esperando. Detrás de la puerta, tan sólo una tos pertinaz desgarraba el gran silencio.

Rosalía se presentó de nuevo, atravesó rápidamente el comedor, con una copa en la mano, diciéndole tan sólo esta frase:

—Ha dicho la señora que no entre usted.

Enrique permaneció sentado, sin poder marcharse. ¿De modo que la cita sería para otro día? Esto le atontaba, como una cosa imposible. Después, se hacía reflexiones. La pobre Juana estaba verdaderamente falta de salud; no tenía uno mas que penas

y contrariedades con los niños. Pero la puerta volvió á abrirse y se presentó el doctor Bodin, pidiéndole mil perdones. Y por espacio de unos instantes, hilvanó varias frases; le había mandado llamar, y se consideraría muy feliz al consultar á su ilustre colega.

—Sin duda, sin duda,—repetía el doctor Deberle, cuyos oídos zumbaban.

El anciano médico, tranquilizado, fingió hallarse perplejo, vacilar acerca del diagnóstico. Bajando la voz, discutía los síntomas con expresiones técnicas que interrumpía y terminaba guiñando los ojos. Tenía la niña tos sin expectoración, abatimiento muy grande, fiebre subidísima. Quizá se iba á tratar de una fiebre tifoidea. No obstante, él no se atrevía á pronunciarse por una cosa ni por otra, pues la neurosis cloro-anémica por la cual cuidaban á la enferma hacía tanto tiempo, le hacía temer complicaciones imprevistas.

—¿Qué opina usted?—le preguntaba después de cada frase.

El doctor Deberle respondía con gestos evasivos. En tanto que su colega hablaba, se sentía poco á poco avergonzado de hallarse allí. ¿Por qué había subido?

—Le he puesto dos vegigatorios,—continuó el anciano médico.—Espero, ¿que quiere usted? Pero va usted á verla, y en seguida me dará usted su opinión.

Y le condujo á la alcoba. Enrique entró tembloroso. La habitación estaba muy débilmente iluminada por una lámpara. Enrique recordaba otras noches parecidas, el mismo olor cálido, el mismo aire

ahogado y recogido, con hundimientos de sombra en los que dormían los muebles y las colgaduras. Pero nadie le salió al encuentro con las manos extendidas como en otro tiempo. M. Rambaud, caído como anonadado sobre un sillón, parecía soñar. Elena, en pie ante el lecho, vestida con su bata blanca, no se volvió siquiera; y aquella figura pálida pareció grandísima á Enrique. Entonces, por espacio de un minuto, examinó á Juana. La debilidad de la niña era tan grande, que ya no podía ni abrir los ojos sin cansancio. Bañada en sudor, estaba como agobiada, con el rostro descolorido, encendido por una llama en los pómulos.

—Es una tisis aguda,—murmuró Enrique al fin, hablando en voz alta sin querer, y no demostrando la menor sorpresa, como si hubiese previsto el caso mucho tiempo hacía.

Elena oyó y le miró. Estaba completamente fría y con los ojos secos, en una calma terrible.

—¿Lo cree usted así?—dijo sencillamente el doctor Bodin, moviendo la cabeza con el aire de aprobación de un hombre que no hubiera querido ser el primero en dar su parecer.

Y auscultó á la niña de nuevo. Juana, con todos los miembros inertes, se prestó al examen, sin dar muestras de comprender por qué la molestaban. Los dos médicos cambiaron aún unas cuantas palabras rápidas. El anciano doctor pronunció en voz baja las palabras de respiración amfórica y de rui-

do de olla cascada; sin embargo, fingía vacilar aún, y hablaba de una bronquitis capilar. El doctor Deberle explicaba que una causa accidental debía de haber determinado la enfermedad; un enfriamiento sin duda; por que él había observado ya varias veces que la cloro-anemia favorecía las afecciones de pecho. Elena en pie detrás de ellos, esperaba.

—Ausculte usted mismo,—dijo el doctor Bodin cediendo su puesto á Enrique.

Este se inclinó, y quiso tocar á Juana. Esta no había levantado siquiera los párpados, y se abandonaba, quemada por la fiebre. Su caída camisa mostraba un pecho de niña en el que apenas se indicaban las nacientes formas de mujer; y no podía haber nada más casto ni desconsolador que aquella pubertad tocada ya por la muerte. Juana no había sentido la menor rebeldía bajo las manos del anciano doctor. Pero en cuanto la rozaron los dedos de Enrique, recibió como una sacudida. Todo su pudor trastornado la despertaba del anonadamiento en que estaba sumergida. Hizo el ademán de una mujer sorprendida y forzada, y estrechó los pobrecitos brazos delgadísimo sobre el pecho, balbuceando con temblorosa voz:

—Mamá... mamá...

Y abrió los ojos. Cuando reconoció al hombre que estaba allí, fué verdadero terror el suyo. Se vió desnuda y sollozó de vergüenza, tirando vivamente de la sábana. Parecía que de repente hubiera

envejecido diez años en su agonía, y que, cercanos á la muerte, sus doce abriles estuvieran ya maduros para comprender que aquel hombre no debía tocarla y hallar en ella á su madre. Gritó de nuevo, pidiendo socorro:

—Mamá... mamá... te lo ruego...

Elena, que no había hablado aún, se acercó entonces á Enrique. Le contempló fijamente, con su rostro de mármol. Cuando le tocó, sólo le dijo esta palabra con ahogada voz:

—¡Váyase!

El doctor Bodin intentaba calmar á Juana, á la que un ataque de tos sacudía en el lecho. Le juraba que no la contrariaría más, y que todo el mundo iba á partir, para dejarla tranquila.

—Váyase,—repitió Elena, con voz baja y profunda al oído de su amante.—Ya ve usted que la hemos matado.

Entonces, sin dar con una sola palabra, Enrique se fué. Permaneció aún un instante en el comedor, esperando sin saber qué, algo que quizá sucedería. Después, al ver que no salía el doctor Bodin, partió y bajó la escalera á tientas, sin que Rosalía se tomara siquiera el trabajo de hacerle luz. Pensaba Enrique en el curso fulminante de las tisis agudas, un caso que había estudiado con mucha frecuencia; los tubérculos miliarios se multiplicarían con rapidez, aumentarían los ahogos, y Juana no pasaría con seguridad de las tres semanas.

Pasaron ocho días. El sol se alzaba y se ponía sobre París, en el inmenso cielo que se extendía ante la ventana, sin que Elena tuviera la clara sensación del tiempo despiadado y rítmico. Sabía que su hija estaba condenada, y se hallaba como aturdida, con el horror del desgarramiento que se operaba en ella. Era una espera sin esperanza, una certidumbre de que la muerte no perdonaría. No hallaba lágrimas, y andaba despacito por la habitación, siempre en pie, cuidando á la enferma con ademanes lentos y precisos. A veces, vencida de fatiga, caía sobre una silla, la contemplaba durante horas enteras. Juana se iba debilitando cada vez más; dolorosísimos vómitos la destrozaban, y la fiebre no cesaba un instante. Cuando llegaba el doctor Bodin, la examinaba un instante, y dejaba una receta; y su redonda espalda, al retirarse, expresaba tal impotencia, que la madre no le acompañaba siquiera para interrogarle.

Desde el día siguiente de la crisis había acudido el padre Jouve. El y su hermano llegaban cada noche y cambiaban con Elena un silencioso apretón de manos, sin atreverse á preguntarle noticias. Habían ofrecido quedarse á velar por turno, pero la joven les despedía á eso de las diez, pues no quería á nadie en la alcoba durante la noche. Una tarde, el sacerdote, que parecía muy preocupado desde la víspera, la llamó aparte.

—He pensado una cosa,—dijo en voz baja.—La pobrecita niña ha estado muy retrasada por su sa-

lud... Podría hacer aquí la primera comunión...

Elena, al pronto, pareció no comprender. Aquella idea, en la cual, á pesar de su tolerancia, reaparecía el sacerdote con su preocupación por los intereses del cielo, le sorprendía, llegaba incluso á ofenderla. Hizo un gesto de despreocupación diciendo:

—No, no; no quiero que se la atormente... ¡Oh! Si hay paraíso, subirá á él derechita.

Pero aquella tarde, Juana experimentaba una de esas mejorías engañosas que ilusionan á los moribundos. Había oído al sacerdote, con sus finísimos sentidos de enferma.

—¡Eres tú, buen amigo?—le dijo.—Hablas de la comunión... Será pronto, ¿verdad?

—Sin duda, ángel mío,—respondió el cura.

Entonces, quiso Juana que éste se acercara, para hablar. Su madre la había incorporado sobre la almohada, y la niña se había sentado; y sus quemados labios sonreían, en tanto que la muerte pasaba ya por sus ojos claros.

—¡Oh! Estoy muy bien,—dijo.—Me levantaré si quisiera... Dime, ¿llevaré un traje blanco con un ramo?... ¿Estará la iglesia tan bonita como para el mes de María?

—Más bonita, niña mía.

—¿De veras? ¿Y habrá tantas flores? ¿Y cantarán cosas tan dulces?... Pronto, pronto; ¿me lo prometes?

Sentíase inundada de alegría. Contemplaba ante

ella las cortinas del lecho, como asaltada por un éxtasis, diciendo que amaba mucho á Dios, y que le había visto cuando cantaban cánticos. Oía órganos, veía luces que giraban, en tanto que las flores de las grandes macetas revoloteaban como mariposas. Pero una tos violenta la estremeció, y la derribó de nuevo sobre la cama. Y continuaba sonriendo, como si no supiera que tosía, y repitiendo:

—Me voy á levantar mañana; aprenderé el catecismo sin una falta, y todos estaremos muy contentos.

Elena, al pie del lecho, exhaló un sollozo. Ella que no podía llorar, sentía que una ola de lágrimas le subían á la garganta, al oír las risas de Juana. Se ahogaba, y huyó al comedor, para ocultar su desesperación. El sacerdote la había seguido. M. Rambaud se había levantado vivamente, con objeto de distraer á la niña.

—¡Toma! Mamá ha gritado. ¿Se ha hecho daño? —preguntó Juana.

—¿Tu mamá?—respondió él.—Si no ha gritado; al contrario, se ha reído, de ver que tú estás mejor.

En el comedor, Elena, con la cabeza caída sobre la mesa, ahogaba los sollozos entre las manos juntas. El sacerdote se inclinaba, suplicándole que se contuviera. Pero la joven, alzando el mojado rostro, se acusaba, le decía que había matado á su

hija; y una confesión completa se escapaba de sus labios, en palabras entrecortadas. Nunca se hubiera entregado á aquel hombre si Juana hubiese estado junto á ella. Había sido preciso que le hallara en aquella habitación desconocida. ¡Dios santo! El cielo hubiera debido llevársela con su hija. Ya no podía vivir más. El sacerdote, espantado, la calmaba prometiéndole el perdón.

Llamaron, y de la antesala llegó un ruido de voces. Elena se enjugaba los ojos cuando entró Rosalía.

—Señora, es el doctor Deberle...

—No quiero que entre.

—Pregunta por la señorita...

—Dígale usted que se va á morir.

La puerta había quedado abierta, y Enrique había oído. Entonces, sin esperar á la criada, bajó la escalera. Cada día volvía á llamar, recibía la misma respuesta y se marchaba.

Lo que desgarraba el corazón á Elena eran las visitas. Las pocas señoras á quienes había conocido en casa de los Deberle creían que debían llevarle consuelos. Madame de Chermette, madame Levasseur, madame de Guiraud, y algunas otras, se presentaron en la casa; no pedían entrar, pero preguntaban á Rosalía tan alto, que el ruido de sus voces atravesaba los débiles tabiques de la pequeña vivienda. Entonces, llena de impaciencia, Elena las recibía en el comedor, en pie, y con frases breves.

Estaba todo el día de bata, olvidando cambiarse de ropa, con el hermoso cabello anudado sencillamente. Sus ojos se cerraban de cansancio en su enrojecido rostro, y su boca amarga y pegajosa no encontraba ya palabras. Cuando Julieta subía no podía Elena cerrarle la alcoba, y la dejaba sentarse un rato al lado de la cama.

—Querida mía—le dijo un día madame Deberle.—Se amilana usted demasiado. Tenga usted un poco de valor.

Y Elena iba á responder, cuando Julieta, procurando distraerla, hablaba de los sucesos que preocupaban á París.

—Ya sabe usted que decididamente vamos á tener guerra... Estoy muy enojada, porque tengo dos primos que habrán de partir...

Solía subir al regreso de sus correteos por París, animada por toda una tarde de charloteo, llevando el torbellino de sus largas faldas á aquella recogida alcoba de enferma; y por más que procuraba bajar la voz y adoptar aptitudes compasivas, su hermosa indiferencia se transparentaba, y se la veía risueña y triunfante por gozar de buena salud. Elena, abatida ante ella, sufría una angustia celosa.

—Señora—murmuró Juana una noche.—¿Por qué no viene Luciano á jugar?

Julieta, cortada por un momento, se contentó con sonreír.

—¿Está malo él también?—preguntó la niña.

—No, ángel mío, no está malo... Está en el colegio.

Y cuando Elena la acompañaba al recibimiento, la joven creyó que debía explicarle su mentira.

—¡Oh! Ya lo traería, porque ya sé que esto no es contagioso... Pero los niños se asustan en seguida, y Luciano es tan tonto... Sería capaz de echarse á llorar al ver al pobre angelito...

—Sí, sí, tiene usted razón,—interrumpió Elena, con el corazón desgarrado al pensar en que aquella mujer tan alegre tenía en su casa á su hijo en buena salud.

Había pasado la segunda semana. La enfermedad seguía su curso, y se llevaba cada hora un poco de la vida de Juana. No se apresuraba, empleando al destruir con su fulminante rapidez aquella frágil y adorable carne, todas las fases previstas, sin perdonar una sola. Los esputos sanguinolentos habían desaparecido; á ratos cesaba la tos. La niña se sentía ahogada por tal opresión, que por la dificultad de su aliento se podían seguir los estragos de la enfermedad en su pequeño pecho. Era aquello demasiado duro para tanta debilidad, y al oírlos toser los ojos del sacerdote y de M. Rambaud se inundaban de lágrimas. Por espacio de días enteros, de noches enteras, se oía el estertor bajo las cortinas, y la pobre criatura, á la que parecía que había de matar el menor contacto, no se acababa de morir en aquellos ahogos que la dejaban sudo-

rosa. La madre, con las fuerzas agotadas, y sin poder soportar más aquel ruido, se iba á la pieza con figura á apoyar la cabeza contra la pared.

Poco á poco, Juana se aislaba. Ya no veía á la gente, y tenía la expresión del rostro anegada y como perdida, como si hubiera ya vivido sola y en alguna parte. Cuando las personas que la rodeaban querían llamarle la atención, y se nombraban para que las conociera, la niña las miraba fijamente, sin una sonrisa, y después se volvía hacia la pared con aire de cansancio. Envolvía una sombra, y se iba con el mohin irritado de sus malos días de celos. Sin embargo, aun la despertaban algunos caprichos de enferma. Una mañana preguntó á su madre:

—¿Es domingo hoy?

—No, hija mía,—respondió Elena.—No somos más que viernes... ¿Por qué quieres saberlo?

Juana no parecía ya recordar la pregunta que había hecho. Pero á los dos días, cuando Rosalía estaba en la alcoba, le dijo á media voz:

—Es domingo... Ceferino está ahí... Dile que venga.

La criada vacilaba, pero Elena, que había oído á su hija, le dirigió una seña de asentimiento. La niña repetía:

—Tráele, venid los dos; me alegraré mucho.

Cuando Rosalía entró con Ceferino, Juana se incorporó sobre la almohada. El soldadito, des-

cubierto, y con las manos extendidas, se balanceaba para ocultar su gran emoción. Quería mucho á la señorita, y le jorobaba mucho el ver que se ponía el arma á la izquierda, como decía él en la cocina con cuartelera frase. De modo que, á pesar de las advertencias de Rosalía, que le había recomendado que estuviese alegre, permaneció estúpido, con el rostro trastornado, al verla tan pálida, tan reducida á la nada. Se había quedado conmovido, á pesar de su aire conquistador. Ni siquiera halló una de aquellas hermosas frases que sabía ya decir. La criada, detrás de él, le pellizó para hacerle reír. Pero el soldado logró tan sólo balbucear:

—Le pido mil perdones... señorita y la compañía...

Juana seguía incorporada, apoyándose en sus adelgazados brazos. Abría los ojos desmesuradamente, como si buscase algo. Un temblor agitaba su cabeza; sin duda la gran claridad la cegaba, en aquella sombra á que descendía ya.

—Acérquese usted, amigo mío,—dijo Elena al soldado.—Es la señorita la que ha pedido verle á usted.

El sol entraba por la ventana, como ancho rayo amarillo en el cual danzaba el polvo de la alfombra. Había llegado marzo, y por fuera la primavera renacía. Ceferino dió un paso, y apareció en medio del sol; su carita pequeña y redonda, cubierta de barrillos, tenía el reflejo dorado del trigo maduro,

en tanto que los botones de su guerrera relucían y su pantalón rojo sangraba como un campo de amapolas. Entonces, Juana le vió. Pero sus ojos se apuraron de nuevo, inciertos, mirando de un lado á otro.

—¿Qué quieres, niña mía?—preguntó su madre.
—Estamos todos aquí.

Después comprendió:

—Rosalía, acérquese... La señorita quiere verla á usted.

Rosalía, á su vez, se adelantó hacia el rayo de sol. Llevaba una cofia cuyas bridas, caídas sobre los hombros, volaban como alas de mariposa. Un polvillo de oro caía sobre sus duros cabellos negros y sobre su bondadoso rostro de nariz aplastada y gruesos labios. No había nadie más que ellos en la alcoba, el soldadito y la cocinera, codo con codo, bajo el rayo del sol. Juana les contemplaba.

—Bueno, ángel mío,—dijo Elena.—¿No les dices nada? Ahí los tienes juntos.

Juana les miraba con el temblor de su cabeza, un temblor ligero de mujer viejísima. Estaban los dos allí como marido y mujer, prontos á cogerse del brazo para volver á su tierra. La tibieza de la primavera les enardecía, y deseosos de alegrar á la señorita, acababan por reirse el uno en las barbas del otro, con aspecto de ternura y tontería. Un buen olor de salud ascendía de sus redondeadas espaldas. Si hubieran estado solos, de seguro que Ceferino habría cogido á Rosalía y que hubiera

recibido de ella un bofetón soberano. Se les veía esto en los ojos.

—Bueno, nena mía, ¿no tienes nada que decirles?

Juana les contemplaba, ahogándose más aun. No dijo una sola palabra. Bruscamente, prorrumpió en llanto. Ceferino y Rosalía tuvieron que salir en seguida de la alcoba.

—Mil perdones... señorita y la compañía,—repitió corrido el soldadete al marcharse.

Este fué uno de los últimos caprichos de Juana. Volvió á caer en un humor sombrío del que nada la sacaba. Sentíase despegada de todo, hasta de su madre. Cuando ésta se inclinaba por cima del lecho, para buscar su mirada, la niña conservaba el rostro mudo, como si sólo la sombra de las cortinas pasara ante su vista. Tenía los silencios, la resignación negra de una mujer abandonada que se siente morir. A veces, permanecía mucho tiempo con los párpados medio cerrados, sin que se pudiera adivinar en su debilitado mirar qué pertinaz idea la absorbía. Ya no existía para ella nada más que su gran muñeca, acostada á su lado. Se la habían dado una noche para distraerla de sus sufrimientos intolerables, y se negaba á devolverla, defendiéndola con enérgico ademán en cuanto querían quitársela. La muñeca, con la cabeza de cartón apoyada en los travesaños, estaba estirada como una persona enferma, con los cobertores hasta los hombros. Sin duda la niña la cui-

daba, porque, de vez en cuando, con sus ardientes manos, palpaba los miembros de rosada piel medio arrancados, rellenos de aserrín. Durante horas enteras, los ojos de la niña no se separaban de aquellos ojos de esmalte, siempre fijos, ni de los dientes blancos, que no cesaban de sonreír. Después, la sobrecogían hondas ternuras, necesidades de estrechar á la muñeca contra su pecho, de apoyar la mejilla contra la peluquita, cuya caricia parecía consolarla. Se refugiaba así en su cariño á su gran muñeca, asegurándose, al salir de sus somnolencias, de que la tenía aún allí, sin ver más que á ella, hablando con ella, y vagando á veces por su rostro la sombra de una sonrisa, como si la muñeca le hubiera dicho cosas al oído.

Terminaba la tercer semana. El viejo doctor se instaló en la casa una mañana. Elena comprendió; su hija no pasaría de aquel día. Desde la víspera, había caído en un estupor que le quitaba hasta la conciencia de sus actos. Ya no se luchaba contra la muerte; se contaban las horas. Como la enferma padecía ardiente sed, el médico había recomendado sencillamente que le dieran una bebida opiácea, para facilitarle la agonía; y aquel abandono de todo remedio volvía á Elena imbecil. Mientras vió aún medicinas sobre la mesa de noche, esperó un milagro de curación. Pero ya no había allí tarros ni cajas, y su última esperanza se disipaba. Ya no tenía más que un instinto, el de estar junto á Juana,

no separarse de ella, contemplarla. El doctor, que quería separarla de aquel horrible espectáculo, trataba de alejarla, encargándole pequeños cuidados. Pero Elena volvía, atraída, sintiendo la necesidad física de ver. Completamente erguida, con los brazos caídos, llena de una desesperación que le hinchaba el rostro, esperaba.

Hacia la una, llegaron el sacerdote y M. Rambaud. El médico les salió al encuentro y les dijo una palabra. Los dos palidieron. Quedáronse en pie de tan impresionados, y las manos de ambos temblaban. Elena no se había vuelto.

El día era soberbio, una de esas tardes asoleadas de los primeros días de abril: Juana, en su lecho, se agitaba. La sed que la devoraba le daba por momentos un penoso movimiento de los labios. Había sacado de entre las sábanas sus pobres manos transparentes, y las paseaba dulcemente por el vacío. El sordo trabajo de la enfermedad había terminado, y la niña no tosía ya; su voz extinguida parecía un soplo. Desde hacía un momento, volvía la cabeza, y buscaba la luz con los ojos. El doctor Bodin abrió la ventana de par en par. Entonces Juana no volvió á moverse, y permaneció con la mejilla apoyada en la almohada y la mirada clavada en París, en tanto que su oprimida respiración iba menguando.

Durante aquellas tres semanas de padecimientos, muchas veces se había vuelto de aquel modo hacia

la ciudad que se extendía en el horizonte. El rostro de la niña se ponía grave; meditaba. En aquella hora postrera, París sonreía bajo el rubio sol de abril. Del exterior llegaban hálitos tibios, risas de niños, píos de gorriones. Y la moribunda empleaba fuerzas supremas para seguir viendo, para seguir las volantes humaredas que subían de los lejanos arrabales. Volvía á ver á sus tres conocidos, los Inválidos, el Panteón, la torre de Santiago; después, empezaba lo desconocido, y los cansados párpados de la niña se cerraban á medias, ante el mar inmenso de las techumbres. Quizá soñaba que poco á poco se iba tornando más ligera, y que volaba como un pájaro. Por fin iba á saber; se posaría sobre las cúpulas y las flechas, y vería, con seis ú ocho aletazos, las cosas prohibidas que ocultan á los niños. Pero una nueva inquietud la agitó, y sus manos siguieron buscando; no se calmó hasta que tuvo su gran muñeca entre los bracitos, junto al pecho. Quería llevársela con ella. Sus miradas se perdían á lo lejos, entre las chimeneas, completamente rosadas por el sol.

Las cuatro acababan de dar, y el sol dejaba caer ya sombras azules. Era el final, una sofocación, una agonía lenta y sin sacudidas. El pobre angelito no tenía ya fuerzas para defenderse. M. Rambaud, vencido, cayó de rodillas, estremecido por silenciosos sollozos, arrastrándose hasta detrás de una cortina para ocultar su dolor. El sacerdote se había

arrodillado á la cabecera, con las manos juntas, balbuceando las oraciones de los agonizantes.

—Juana, Juana...—murmuró Elena, helada por un horror que le soplabá un frío enorme á los cabellos.

Había rechazado al doctor, y se arrojó al suelo, apoyándose en el lecho para ver á su hija muy de cerca. Juana abrió los ojos, pero no miró á su madre. Sus miradas, invariablemente, se dirigían á lo lejos, hacia el París que se borraba. Estrechó más aun á su muñeca, su último cariño. Hinchóle el pecho un profundo suspiro, y después exhaló otros dos suspiros más leves. Sus ojos palidecían, y por un instante expresó su rostro una angustia vivísima. Pero muy pronto pareció consolada; no respiraba ya, quedaba con la boca abierta.

—Ha concluído,—dijo el doctor tomándole una mano.

Juana contemplaba París con sus grandes ojos vacíos. Su rostro de cabra se había alargado más aun, adquiriendo rasgos severos, y una sombra gris bajaba de las cejas que enarcaba; y conservaba también en la muerte su rostro descolorido de la mujer celosa. La muñeca, con la cabeza desarticulada y los cabellos colgando, parecía muerta como ella.

—Ha concluído,—repitió el doctor, que dejó caer de nuevo la fría manita.

Elena, con el rostro contraído, se oprimió la frente con las manos, como si sintiese que se le abría el

cráneo. No lloraba; paseaba ante ella miradas de loca. Después, un hipo se desgarró en su garganta. Acababa de ver, al pie del lecho, un par de zapatitos olvidados allí. Había concluído; Juana no volvería á ponérselos; podían dar sus zapatitos á los pobres. Y las lágrimas de Elena fluían, y permanecía en el suelo, apoyando su rostro en la mano de la muerta que había resbalado. M. Rambaud sollozaba. El sacerdote había elevado la voz, en tanto que Rosalía, en la entreabierta puerta del comedor, mordía el pañuelo, para no hacer demasiado ruido.

En aquel momento precisamente llamó el doctor Deberle. No podía por menos de subir á preguntar por la niña.

—¿Cómo está?—preguntó.

—¡Ah, señor!—tartamudeó Rosalía.—¡Se ha muerto!

El doctor permaneció inmóvil, asombrado por aquel desenlace, que esperaba de día en día. Después dijo entre dientes:

—¡Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Qué desgracia!

Y no halló más que estas frases tontas y desconsoladoras. La puerta se había vuelto á cerrar. Bajó.